

APERTURA DEL IIº ENCUENTRO MONÁSTICO LATINO AMERICANO

NUEVOS HORIZONTES

Es del todo natural que cuando el Abad Primado es invitado a hablar en un encuentro de Benedictinos, se le dé como tema describir la situación de la Orden en ese momento. Por otra parte es imposible estar continuamente examinando la vida propia de la Orden sin caer en una especie de narcisismo o de hipocondría espiritual. Estar tomando el pulso o la presión arterial de la Orden, tan frecuentemente, puede conducir fácilmente a simplismos y generalizaciones superficiales. Hace varios años, cuando el tema general en toda convención de religiosos era el de renovación o *aggiornamento*, parecía necesario someterse a frecuentes análisis clínicos y a exhaustivos reconocimientos médicos. En general puedo decirles que encuentro que tal período está ya pasado. En los documentos llegados de recientes Capítulos Generales, y en las reuniones de Superiores religiosos en Roma, hay un cambio de atmósfera. Poca gente habla de *aggiornamento*, la gente parece cansada de la introspección. Con todo, encuentro que éste es un signo saludable. Puedo afirmar que el mismo fenómeno de evitar los temas de crisis de identidad, caracteriza también muchas de nuestras reuniones monásticas. A raíz de tal constatación, me siento con derecho para afirmar que hay menos ansiedad en la Confederación acerca de la identidad monástica. La discusión se está moviendo hacia un camino más positivo, los temas son menos introspectivos.

En una conversación sobre el problema de la crisis y renovación de la vida religiosa, en Zürich, Suiza, el año pasado, afirmé que esta “mentalidad de crisis” había alcanzado su punto máximo en el período comprendido entre 1965 y 1970 y que desde entonces se veía una tendencia a aceptar que la vida monástica existe para permanecer en la Iglesia. La cuestión no es ya... si ella existirá, sino... cómo contribuirá a la vida de la Iglesia. El reciente Congreso de Abades ha sido el termómetro para examinar este cambio de actitud. En 1967 los Abades proponían en un documento los puntos esenciales del modo de vida benedictino, y abrían el surco o la brecha para la renovación litúrgica. El Congreso de 1970 era aún muy introspectivo y uno podía percibir que los problemas de unidad y pluralismo, renovación litúrgica, y las tensiones entre las exigencias comunitarias y las del desarrollo individual, eran problemas centrales. El tema para el Congreso de 1973: “Experiencia de Dios y vida monástica”, marcó un cambio. Este tema no fue ya introspectivo, sino que pretendió alcanzar el corazón mismo del mensaje cristiano tal como es vivido según el modo monástico. El comité para el Congreso de 1977 ha escogido por tema: *Nihil amori Christi praeponere*: “Imitar a Cristo a través del celibato monástico”. De nuevo encuentro este tema muy positivo. La cuestión de la renovación litúrgica en nuestras comunidades aparece ahora como un problema de detalle y de paciencia, y no ya como un problema de principio. La cuestión de unidad y pluralismo aparece bajo una luz diferente, vale decir la de valores particulares y no la de apariencias externas.

Ahora ha llegado el momento para la Iglesia, entera, y no solamente para nosotros benedictinos, de tomar una actitud diferente frente a nuestros temas de crisis de identidad. Ahora es el momento para un confrontamiento eclesial y positivo, y no para una introspección incesante que nos haga perder una más alta visión. Algunos pocos obispos hablaron de crisis de identidad en el pasado Sínodo, pero a propósito del movimiento ecuménico. Estos eran pocos en cuanto a número, pero indicando una cierta consideración entre los Obispos. El cuestionamiento, sin embargo, era claro. Las identidades negativas no constituyen lo último: uno debe gozosamente aceptar lo que uno tiene en común. Las identidades no pueden fundamentarse instituyendo de nuevo prácticas externas que quizás en otro tiempo habían caracterizado al Catolicismo, como el no comer carne los viernes, por ejemplo. Tales, u otros símbolos externos de identidad, tornarán, pero ellos deben brotar en nosotros desde una caridad renovada, y no pueden ser forzados. La identidad viene del buscar los valores de la propia tradición, llevándolos a su plenitud en el momento presente, y teniendo apertura hacia el futuro. La Iglesia, y por ende las

Ordenes religiosas dentro de ella, estarán siempre en una crisis de identidad en el sentido de que la constante escatológica que lleva dentro de sí la Iglesia, su sufrimiento por el no cumplimiento hasta el fin de los tiempos, le hará ver que nunca llega a ser lo que debería ser. Las órdenes monásticas, estando tan íntimamente inmersas en la dimensión escatológica de la Iglesia, sufrirán mucho por esta sensibilidad hacia las imperfecciones del Aquí y Ahora, por la falta de total *metanoia* dentro de sí mismas y dentro de sus miembros. Pero me parece que este tipo de crisis de identidad es saludable y diferente de aquel caracterizado por nuestra búsqueda introspectiva de hace algunos años. El período introspectivo era necesario y ha dado sus propios frutos que son lo más importante. Yo dispondría dichos frutos o ganancias en tres categorías: primeramente, una renovada vida de oración común y privada, a través del énfasis sobre la renovación litúrgica de nuestro Oficio y nuestra Misa y un mayor interés en la Biblia como nuestro propio libro de espiritualidad; en segundo lugar, un positivo acercamiento al modo de vida cenobítico como una ayuda en la búsqueda de Dios, que encuentra su confirmación en los documentos del Concilio Vaticano II y su concepto del Pueblo de Dios; y tercero, un renovado concepto de la inhabitación del Espíritu en la comunidad entera, como la tradición monástica viviente, y el papel de la autoridad abacial como un servicio a esa tradición. Esos frutos positivos solo han podido haber venido luego de mucha búsqueda interior y sufrimiento. A este respecto encuentro que quizás las Hermanas benedictinas han mostrado el camino desde que ellas comenzaron con más diversificadas tendencias y una menos definida tradición. Por ejemplo, el reciente Capítulo General de la Federación de Santa Escolástica publicó un documento intitulado: “Llamado a la Vida”, que resume diez años de esfuerzos por establecer los ideales por los que viven estas hermanas. Hace diez años, ellas no habrían podido escribir el siguiente párrafo que sería el fruto de mucho sufrimiento y mucha plegaria. Me parece que es representativo de mucho de lo mejor que se ha dado a conocer en los Capítulos Generales, y que da una clara identidad de ideales para quien se integra en sus casas.

“Regaladas con el don del llamado a la búsqueda de Dios, y llevándolo a cabo por la acción transformadora del Espíritu como también por el sostén del amor de la comunidad cenobítica, nosotras respondemos a través de la plegaria y del ministerio. Nosotras vigilamos reverentemente en un clima interior de soledad y silencio, como podemos, la continua elección que de nosotras hace el Padre, especialmente a través de la Eucaristía. Nuestra respuesta extensa es común en el *Opus Dei*, e individual en la *Lectio divina* y en la plegaria personal. Desde una visión contemplativa benedictina, nosotras, al mismo tiempo alabamos a Dios por medio del servicio cristiano y de la hospitalidad”.

Me parece que este párrafo resume bellamente la mejor de la tradición benedictina, y fue resultado de mucha introspección. Pero el siguiente párrafo es también importante en cuanto marca el próximo paso del cual yo hablaba. Leo como sigue:

“Como mujeres benedictinas en América, nuestra búsqueda de Dios en el seno de una comunidad orante aflora en un ministerio referido a las muchas y diversas necesidades que oprimen al Pueblo de Dios. Llegando a ser nosotras mismas más libres gracias a la acción del Espíritu Santo, estaremos entonces más capacitadas, como Jesús lo estaba, para entrar compasivamente en la lucha, en el dolor y en los sufrimientos de nuestros contemporáneos. Nuestra propia experiencia de concientización personal y comunitaria prosigue aún liberándonos, de modo que seamos más capaces de ayudar en la construcción de una sociedad más justa y compasiva donde las personas puedan experimentar la dignidad humana y ser animadas para que trabajen en su propio destino”.

Uno puede todavía preguntarse si este planteamiento puede ser aceptado por todas las benedictinas como la mejor expresión de su papel dentro de la Iglesia, pero lo que sí debemos admitir, es que se aviene en manera nítida y desinteresada con el papel que estas hermanas quieren desempeñar en la sociedad contemporánea. De la introspección, ellas han realizado el salto a la consideración de sí mismas como parte de la Iglesia viviente. Este es el segundo salto o paso, que eventualmente debería

caracterizar nuestras discusiones. El monaquismo es un modo de vivir el mensaje evangélico; puede solamente existir como parte de la tradición de la Iglesia viviente; debe formar una misma cosa con la Iglesia universal y su realización local. Me hubiera gustado hablar un poco más acerca de esta segunda etapa en la apertura de este Encuentro, pero también debo admitir que muchos no han atravesado suficientemente esta primera etapa todavía. Puedo tan solo animarlos a que continúen el esfuerzo introspectivo dentro de sus comunidades. Ambos pasos no se excluyen entre sí.

En la segunda parte de mi ponencia, quería referirme a esta segunda etapa, y proponer algunos conceptos que me parece se deberían examinar para dar a nuestra visión monástica la dimensión eclesial que debería tener. En vez de presentarles conceptos enteramente elaborados, quiero más bien, sembrar algunas pistas para que sean posteriormente profundizadas.

Hay dos pasajes bíblicos en la antigua literatura monástica, de los cuales parece haberse perdido la inspiración que brindaron para los monjes primitivos: me refiero a *Filipenses 2* y el tema de la *kenosis*, por un lado, y los *Hechos de los Apóstoles 2* y *4*, con la descripción de la primitiva comunidad cristiana, por otra parte. La literatura cenobítica pone el énfasis sobre la superioridad de la vida en común, por encima del ideal eremítico, precisamente haciendo referencia a estos dos textos. Están en la base de la teología de Benito sobre lo que hoy podríamos llamar pobreza, e influyen más especialmente sobre su descripción de la obediencia y de la humildad. Obediencia y humildad, son la participación del monje en la *kenosis*. El monje desea entrar en la misión salvífica de Cristo, buscando el cumplimiento de la voluntad del Padre y no el de la propia, y así se vacía de sí mismo, no buscando su propia gloria, no buscando imitar a Adán en su desobediencia, sino a Cristo en su obediencia. La actitud contemplativa del monje no es egocéntrica, sino que es un tipo de adoración que lo hace salir de sí mismo para abrirlo mejor a Dios y puede realizar esto, solamente en unión con Cristo y su *kenosis*. “Misión”, toma así un sentido real para el monje. Él viene a formar parte del establecimiento del Reino de Dios, en, y por medio de Cristo. Él sabe también que el vaciamiento de sí mismo toma una nueva luz desde que Cristo es ahora Señor: Él ha vencido a la muerte. En Él, y solo en Él, el monje ve la verdadera liberación. La paradoja evangélica de perder la propia vida para encontrarla, encuentra su pleno significado cuando el monje acepta vaciarse de sí mismo en unión con Cristo. No fue la palabra de Dios la que Adán escuchó, sino otras. Por esta razón Benito ve el primer grado de la obediencia del monje en el acto de la escucha. El prólogo entero de la Regla es una exhortación a escuchar. La humildad es también el acto de la escucha. Obediencia (*ob-audire*), significa escuchar. La persona obediente es toda atención a la palabra del otro, a su voluntad, a sus deseos, no por cobardía o pereza, sino por confianza y por disponibilidad de servir. El acto contemplativo del monje debería pues llevarlo al contacto con el Cristo total, su Cuerpo Místico, la Iglesia viviente, el Pueblo entero de Dios. Por ello el Papa Pablo podía decir a las monjas benedictinas el año 1966, que su vida no debería ser considerada como en la periferia de la vida de la Iglesia, sino en su centro. Yo puedo ver que un ligero cambio de ideas se va abriendo paso en la Confederación. Permítanme llamar la primera teoría, la teoría del “oasis”. Según ésta, el monasterio es visto como una especie de lugar donde establecerse fuera del mundo, (tomándose frecuentemente este último término en un sentido peyorativo), para estar solo con Dios. La teoría del “oasis” entra en conflicto con la teología más plena de la imagen del desierto: El monasterio-desierto sería más bien el lugar baldío, y no la seguridad del agua física que distrae nuevamente al hombre de la Tierra Prometida y lo entretiene en una especie de paraíso sustitutivo o de reemplazo. Yo encuentro que la teoría-oasis va cediendo el puesto a una especie de teoría-foco. O si ustedes quieren, de focalidad. El monasterio no está exento de los problemas del mundo, pero ofrece un punto focal para ver los mismos a la luz de una fe más profunda, y para auscultarlos atentamente.

La vida monástica de plegaria y de *Lectio*, ayuda a enfrentar el mundo desde una fe focal. No aislándose del mundo sino simplemente exhortando a todos a escuchar primero su fe y a reflexionar luego, antes de proyectarse en el mundo.

Más que nadie, un monasterio debería enseñar por su existencia una teología de la generosidad. Yo he propuesto, aunque sé que será sin éxito, que el próximo Sínodo de obispos tomara por tema la cuestión de la no-violencia. La Iglesia tiene algo más que una teología de la no-violencia: ella ha de tener una

teología de la generosidad: fundada precisamente en la participación de la *Kenosis* de Cristo. (Añadiría que tal tema podría, y lo creo ciertamente, ser una manifestación por parte de la Iglesia, de la segunda etapa: esto es, una puesta aparte de los problemas internos frente a un problema mundial de inmensa magnitud, y hacerlo en colaboración con otros cristianos, budistas, hindúes, hebreos y no-creyentes. La Iglesia podría entonces mostrar el tipo de liderazgo moral y profético que está faltando en nuestro mundo presente.)

En todo caso, la paz benedictina, la *PAX*, de la cual nosotros nos vanagloriamos tanto, debería ser el resultado de nuestra generosidad, el resultado de nuestra conversión en siervos sufrientes según Isaías, junto con Cristo, buscando la voluntad del Padre aún hasta la muerte. Pacomio no dudaba en mostrar a sus monjes cómo él siendo abad podía cumplir los oficios más sencillos dentro de la comunidad, en servicio de los demás: los diarios deberes del mutuo servicio de la mesa y otros similares, eran vistos como imitaciones de Cristo que se hace servidor. El acto de lavar los pies a los monjes por parte de los servidores de la mesa en la Regla de San Benito, era para recordarles a ellos y a todos los monjes, con la repetición de este gesto de Cristo en la Última Cena, que debemos imitar a Cristo-servidor.

Pacomio defendió la vida cenobítica porque sólo en ella y a través de ella puede uno imitar la *Kenosis* en forma plena. Esto me conduce a la segunda serie de textos a que me referí antes: *Hechos de los Apóstoles* 2 y 4. Hago la cita de los mismos:

“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan, y a las oraciones.

El temor se apoderó de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno.

Acudían al templo todos los días con perseverancia, y con un mismo espíritu partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón.

Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar” (*Hch* 2,42-47).

“La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común.

Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía.

No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según sus necesidades” (*Hch* 4,32-35).

Quizás este ideal jamás será realizado de nuevo por la Iglesia pero permanece siempre como el modelo hacia el que uno se siente atraído. El año pasado, el Profesor Pier Cesare Bori publicó un libro intitulado: *Chiesa Primitiva: L'immagine della comunità delle origini - Atti 2,42-47. 4,32-37 - Nella storia della chiesa antica* (Brescia 1974). El largo capítulo sobre las imitaciones monásticas de la primera comunidad apostólica y el inventario de textos de los antiguos monjes, referentes a los pasajes de los Hechos antes citados, son prueba suficiente de la tendencia de los monjes a volver a este modelo. Este sirve de base para su concepción de la pobreza y también para su sentido de la *Koinonia* y de la fraternidad: pero no se trata meramente de una nostalgia inoperante. Pacomio y sus inmediatos seguidores vieron en este intento monástico de imitar tal modelo, uno de los principales testimonios que la comunidad cenobítica podía llevar a cabo. La Regla de san Agustín está penetrada de este espíritu, y por ello se aviene tan bien con la Regla de san Benito. El espíritu que animó la primera comunidad y que la llevó a compartir, hasta el grado máximo, debe ser también el mismo espíritu que anime la comunidad monástica y un recuerdo permanente para todos los cristianos. El despojamiento del monje en el momento de su conversión hace referencia también al pobre. Un re-examen del papel profético de los monjes en la imitación de la comunidad de los *Hechos de los Apóstoles*, es necesaria si es que nosotros queremos llegar a ver la plenitud del carisma monástico. La cuestión no es tanto el

mero compartir los bienes materiales, sino el escuchar y orar juntos, partir el pan y dar testimonio de la resurrección juntos. Un monasterio debe ser una comunidad pascual.

Recientemente se ha concedido una mayor atención al concepto de monasterio como iglesia local. Me parece que esta imagen no debería tomarse en un sentido jurídico. Jurídicamente, la iglesia local está construida en torno al obispo y a la unidad eucarística con él. Pero el monasterio es una imagen profética de las cualidades de santidad, generosidad y cristocentrismo que todas las iglesias locales deberían tener. Ello, porque los monjes están reunidos alrededor de una Eucaristía común de un modo más estable, porque ellos comparten juntos todo lo que son y lo que poseen, porque el punto de unidad es Cristo: -están unidos a Él en la plegaria, en la escucha de su palabra, en la búsqueda de la voluntad de su Padre-, porque tratan de mostrar el espíritu que debería animar a la Iglesia como *Koinonia*. Ellos perderían su papel profético si estuviesen jurídicamente constituidos como iglesia local, pues entonces no sería una “imagen”. Ellos no vienen a ser una iglesia aparte respecto a la iglesia local en donde están establecidos, sino que son un modelo para ella. Permítanme citar un pasaje del Abad Orsesio, uno de los inmediatos sucesores de Pacomio, donde reúne aquellos aspectos de la *carta a los Filipenses* y del libro de los *Hechos*, al describir la vocación a la *Koinonia* monástica:

“Nosotros sabemos que nuestro convivir y que el ligamen que nos une en una sola cosa, viene de Dios, porque el Apóstol nos amonesta diciendo: ‘No dejéis de hacer el bien, y de compartir lo que tenéis: estos son sacrificios agradables a Dios (*Hb* 13,16)’

Lo mismo leemos en los *Hechos* de los Apóstoles: ‘Ahora la compañía de los que creyeron formaban un solo corazón y una sola alma, y ninguno decía de las cosas que poseía, ser suyas propias, sino que tenían todo en común. Y con gran poder los apóstoles daban su testimonio acerca de la resurrección del Señor Jesús’ (*Hch* 4,32-33). El salmista está de acuerdo cuando dice: ‘Mirad cuán bueno y dulce es para los hermanos, el vivir todos unidos’ (*Sal* 132,1).

Entonces aquellos de nosotros que vivimos en el cenobio, reunidos por el amor mutuo, debemos esforzarnos por participar del destino último de nuestros santos padres, así como hemos tenido la dicha de participar de su modo de vida en el presente. Debemos recordar que nuestra cruz en esta vida debe ser la fuente de nuestra doctrina espiritual, que nosotros debemos sufrir con Cristo (*Rm* 8,17) y que sin pruebas y tribulaciones no hay victoria alguna (*Hch* 14,22)”.

Yo he apuntado apenas dos fuentes bíblicas, *Hechos* y *Filipenses* en las que podemos encontrar más claramente una profundización de nuestro papel eclesial como monjes. Hay sin embargo diversos aspectos en toda la doctrina sobre la imitación de Cristo que encontramos en la literatura pacomiana. Benito es una parte de esta corriente monástico-patristica. Una teología renovada de la “misión”, en el sentido de que el monje participa plenamente en la misión de Cristo para buscar la voluntad de su Padre acerca del establecimiento y cumplimiento del Reino, podría dar al monje ese tipo de visión positiva sin la cual nadie puede vivir. Los problemas del mundo son demasiado graves y demasiado grandes, como para que nosotros individualmente o en comunidad los podamos resolver. Fácilmente, el resultado podría ser una ola de desaliento. (Quizás el desaliento es el más grave de los problemas con que muchos de nuestros monasterios y monjes tienen que habérselas.) El monje tiene que tornarse consciente del hecho, y debe llegar a una convicción personal positiva de que su estilo de vida cenobítico, su unión con Cristo a través del mismo, su “milicia” con Cristo, es realmente su contribución al Reino. Por la escucha, él también ofrece un servicio. Por la realización de su teología de la *Kenosis*, por el altruismo, y por la generosidad visible de su estilo de vida, él está contribuyendo a construir el Reino. Nosotros vivimos en un mundo en el que muchos van encontrando que solos es muy poco lo que se hace, y por lo tanto van experimentando la necesidad de la comunidad. El monasterio puede ser no tan sólo una imagen, sino también una representación real al construir esas pequeñas comunidades generosas que serán el fermento cristiano para el futuro. Esto, en el sentido de que el monasterio llegue a ser no un oasis de irrealidad, sino un foco donde toda realidad, cruz y

resurrección, adquiriera un significado. ¿Está acaeciendo tal cosa en el ámbito de la Confederación? No corresponde al Abad Primado dar la respuesta, sino a cada uno de ustedes.

“Por tanto, yo os pido por el estímulo del vivir en Cristo, por el consuelo del amor, por la comunión en el Espíritu, por la entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo:

El cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente
el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tomando condición de siervo,
haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su porte como hombre
y se humilló a sí mismo,
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios lo exaltó
y le otorgó el Nombre,
que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es SEÑOR
para gloria de Dios Padre” (*Flp 2,1-11*).